

Somos inteligentes en virtud de los errores, de las deformaciones que nos forman. Partiendo de esta verdad común, la inteligencia artificial generativa no es criticable por sus defectos circunstanciales, sino por su voluntad estructural de perfección. La lisura, el diseño ligero y elegante de un móvil o una tableta están calculados para sugerir una pulcra fluidez libre de mugre, de pecado y de sangre. Ya solamente esta pretensión limpia, en un orbe ahíto de dolor y grietas, es en sí misma despiadada, por no decir insultante. No sólo el cobalto va por dentro, con el sufrimiento añadido de una humanidad polvorienta que araña la tierra en su busca. El diseño suave de la Apple Vision Pro, igual que las proclamas angelicales de bondad corporativa en el capitalismo de plataformas, no oculta únicamente a los trabajadores explotados, los viejos que languidecen en soledad o los niños que cavan túneles con herramientas primitivas y mueren a veces tras un sueldo de miseria. Cubre también algo más cercano y de lo que apenas se habla, un enmudecimiento anímico del ciudadano medio que apenas tiene precedentes. Lo paradójico de este reverso es tan acusado que resulta poco menos que impronunciable. La mitología de la transparencia, inseparable de la solvencia práctica de la inteligencia artificial generativa, viene de la mano de un prójimo

cada día más misterioso. Tanto en su miedo como en sus abusos discretos, en sus rutinas y en su aflicción.

No hace falta viajar a los traslúcidos espacios futuristas de un aeropuerto internacional. Incluso en una cultura relativamente humanista como la española, las interminables franjas de ocupaciones diarias se desenvuelven en lugares donde no hay literalmente nadie. Nos pasamos amplios tramos de cualquier jornada envueltos por pantallas e indicaciones numéricas cuyo supuesto carácter objetivo lo han establecido unos expertos que no conocemos ni hablan palabras ordinarias. El lenguaje normativo, en una época donde la *acción* –al margen del poder político y económico, de la delincuencia– es poco menos que imposible, señala una tentativa de disolución poshumana que deja para espacios virtuales, o servicios privados de encuentro, el afecto inteligente del contacto.

Lo grave es que esta liquidación no es brutal, sino democrática, gradual y teñida de promesas. Deja así un resquicio por el cual el sistema todavía puede fingir que es decente. De esta manera concluye un sistema conversacional de IA su respuesta a una posible deshumanización ligada a la expansión tecnológica: “Es importante reconocer que los modelos de lenguaje no pueden reemplazar *completamente* [sic] la comunicación humana”. Por tanto, el plan no es liquidar la inteligencia de las emociones comunes, sino convertirla en residual, en un adorno excepcional que acompaña el curso ineluctable de las cosas. En nuestro capitalismo avanzado con rostro humano, la peste amoral de existir queda como un objeto de culto, un alto servicio de consumo.

No se trata únicamente de deshumanización, sino también de una voluntad sistémica de *desrealización*, un complot ficcional que debe encubrir el antiguo suelo común. Por un lado, existe un innegable racismo hacia el pasado, visto en conjunto con un tinte siniestro. Por el otro, no deja de utilizarse el posible retorno de ese pasado tétrico como coartada para justificar los recortes y sacrificios del presente, de un ahora que –en pureza– no tiene nada afirmativo que ofrecer. Matamos sirios y palestinos a distancia, pero al menos no les cortamos la garganta con un machete como hacían en Ruanda.

Para desentrañar y resistir a esta gigantesca campaña de purificación y desarraigo, que debe lograr individuos aislados vitalmente y conectados virtualmente, quizá no basten sólo la paciencia y una venerable ironía. El desarraigo que entraña la inmersión tecnológica no implica sólo expropiar la cultura y el lugar de origen, sino también cualquier posible fondo natal. Aquí están las ofertas de manipulación corporal. En los elitistas escenarios metropolitanos todo debe ser construido y elegido. Paralelamente a esta *interpasividad*, la de una dependencia obligada, se nos recompensa con un decisionismo secundario, ofertado a una amplia clase media de mentalidad consumista. Los cuerpos son entendidos como primera propiedad instrumental de las identidades, modeladas según la oferta del mercado de la opinión.

Si la masificación tecnológica de la medicina produce un enorme desamparo en los pacientes, la industria intensiva del ocio produce el abandono digitalizado de los espacios, una soledad asimismo intensiva. Y esto parece ser exactamente lo

que se busca, que en nuestros escenarios de diseño no pueda ocurrir nada, ni haya nadie de carne y hueso. De ahí que la palabra *nube* se repita, como igualmente se repite la expectación morbosa hacia un posible accidente letal. Traspasada por una ilusión de control muy moderna, aunque acelerada en una opinión pública cada día más *artificial*, nuestra cultura tardía querría orillar al ser humano en cuanto rostro de lo desconocido, de una verdad inaccesible al saber. La única forma de resistir a esta disolución de la persona, inseparable de una extorsión económica depredadora, sería recuperar cierta infancia, una especie de desnudez armada. Habría que retomar el juego de un atraso intuitivo, elementalmente inteligente, que nunca debimos dejar que nos arrebataran.

Acaso no hay ningún problema serio en el horizonte si volvemos a pensar con el error, con una militancia ingenua. Apostando por cierta sencillez atávica que la actualidad transhumana rechaza, debemos recuperar con un hemisferio lo que hemos entregado con el otro. En tal aspecto, este libro no está guiado por la nostalgia, sino por la voluntad política de actualizar la contradicción y poder ejercer una fuerza primaria ante las coacciones de un capitalismo incansablemente *despierto* donde el estalinismo moral del Estado debe ocultar la obscenidad depredadora del mercado.

Ignacio Castro Rey

Picón, 4 de septiembre de 2023